nímodo. Bajo presiones, se reúne el Pacto de Unión, en el cual se declara que los estados se unirán para formar los Estados Unidos de Colombia y se convoca una nueva constituyente cuyo resultado será la Constitución de Rionegro de 1863; esta Carta, que pronto se vería afectada por sus propias contradicciones, tiene un sorprendente parecido con el proyecto de constitución para el Estado Federal de Cundinamarca que Ezequiel Rojas había elaborado un año antes.

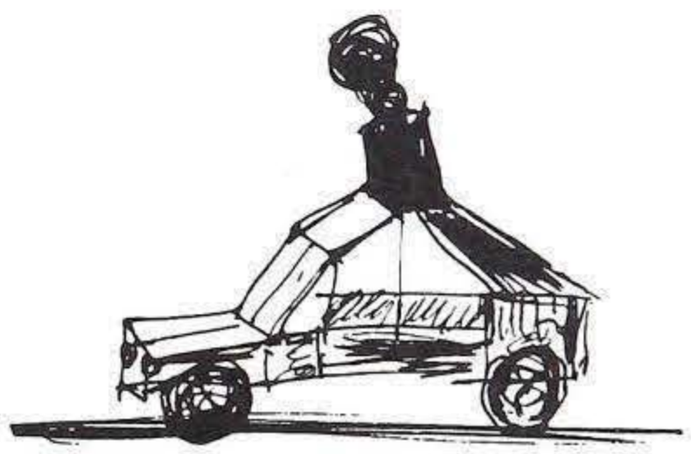
En 1870 Rojas vuelve a defender el proyecto de construcción del canal de Panamá, con una gran visión hacia el futuro tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista legal. Por esta época, 1868-1873, que serían sus últimos años de vida, Rojas mantuvo una polémica con Miguel Antonio Caro acerca del tema que se había constituído, además de los ya mencionados del militarismo y el civilismo, del centralismo y el federalismo, en la polémica del siglo: el debate doctrinario entre el utilitarismo y el catolicismo, debate que llegó a invadirlo todo: la cátedra, el peródico, el púlpito y el parlamento.

El 21 de agosto de 1873 Rojas muere en Bogotá. Moría, según palabras de Salvador Camacho Roldán, un hombre que, como pocos, había ejercido una influencia poderosa en su tiempo.

Pocos años después, en 1878, el grupo de los liberales "independientes" acaudillado por Rafael Nuñez iniciaría lo que éste llamó la "Regeneración". Se pretendía renovar las instituciones políticas, realizar una reforma administrativa, dar estabilidad a los gobiernos de los estados y seguridad a las personas, pero surgieron nuevos problemas y se reanudaron los enfrentamientos armados. En 1885, casi un año después de haber tomado posesión del cargo de presidente, por segunda vez, Rafael Nuñez anunciaba que la Constitución del 63 había muerto y se iniciaba la Regeneración. Había muerto también la primera república liberal.

En la presentación de su obra, Gustavo Humberto Rodríguez anuncia que se trata de un "vistazo panorámico", e indudablemente lo es. Pero además, es un vistazo panorámico: la forma sobria en la que el autor expone el tema, largo y complejo; el lenguaje preciso; la visión acertada de los personajes históricos, despojada del carácter mítico con que se los reviste con tanta frecuencia en la narración histórica; la explicación concisa de las diversas doctrinas filosóficas y políticas; las oportunas referencias documentales y la agilidad del escrito lo convierten en una importante obra de divulgación histórica, muy pertinente en la actualidad.

MARÍA V. GUSSONI



Seguimos sin un buen diccionario histórico

Diccionario de la historia de Colombia
Horacio Gómez Aristizábal
Editorial Plaza y Janés, Bogotá 1985, 2a. edición, 287 págs.

El autor, que ha escrito sobre los más variados temas – derecho, problemas sociales del país, historia– había publicado en 1983 una primera edición, algo más amplia, de este diccionario. La idea es excelente y a nadie se le oculta cuánto faltan en el país buenos materiales de referencia, tanto para el especialista como para los estudiantes y el público en general. Los clásicos trabajos de Joaquín Ospina *Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia,* 3 vols., Bogotá 1927-39), Rafael Mesa *(Colombianos ilustres,* 5 vols., Bogotá, 1916-29) y Gustavo Otero Muñoz *(Semblanzas colombianas,* 2 vols., Bogotá, 1938, *Hombres y Ciudades,* Bogotá, 1948) no se consiguen por ninguna parte y su detalle y extensión los hacen útiles ante todo para escritores e investigadores.

Este libro se va al otro extremo, al punto de resultar casi inútil. En efecto, las biografías son muy pocas (182) y tan breves y genéricas ("ocupó diversos cargos coloniales"), que escasamente permiten hacer una tarea para la escuela elemental. En todo libro de este tipo es fácil encontrar omisiones y discutir los criterios que han llevado a seleccionar los artículos incluidos. Pero en este caso la arbitrariedad es demasiado patente. En primer lugar, fuera de quienes han ejercido el poder ejecutivo –entre los cuales se incluye a Jorge Mario Eastman pero no a Rafael Azuero–, apenas se dan las biografías de unos pocos escritores y un puñado de personajes dispersos. Pero si se incluye a Bastidas, ¿por qué ningún cartagenero podrá buscar a Heredia ni ningún antioqueño a Robledo? Si está Felipe Paul, ¿por qué no don Miguel Samper? Y si aparece monseñor Vicente Arbeláez, ¿por qué se excluyen a los arzobispos Mosquera y Herrán? El estudiante buscará en vano la biografía de José Antonio Galán, del arzobispo Caballero y Góngora o del padre Camilo Torres. Encontrará, es cierto, la biografía de escritores como José Joaquín Casas o José María Torres, pero no la de Álvaro Mutis ni la de Osorio Lizarazo. Y entre los historiadores, sabrá quién fue Julio César García pero no Luis Ospina Vásquez. Y, por supuesto, al registrar políticos y escritores, no aparecen Fernando Botero, Guillermo Uribe Holguín, Pepe Sierra o Francisco Javier Cisneros.

La segunda parte del libro comprende una serie de monografías temáticas ordenadas alfabéticamente. Allí se presentan unas cuantas páginas sobre el 9 de abril, algunas batallas, la reforma agraria o la autonomía municipal, sin que se advierta ningún plan claro detrás de la acumulación casual de temas. La presentación, por lo demás, es bastante incompleta y arbitraria. Un artículo titulado *comercio e industria* sólo habla de la época colonial, y ante todo

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

del monopolio comercial español; el artículo sobre la cultura es bastante arbitrario –entre los filósofos no se menciona a Danilo Cruz y entre los sociólogos se omite, por supuesto, a Orlando Fals Borda–. Y aunque el autor insiste en el prólogo en que ha evitado los juicios de valor, la presentación factual es tan sesgada que los prejuicios saltan a la vista. ¿Qué pensar de una monografía en la que se destaca que los encomenderos "debían enseñar prácticamente la agricultura en todas sus formas a los indios"? ¿Qué opinión merece que en el artículo *esclavos* no diga nada sobre su cultura, sus formas de vida, su distribución en el país o sus ocupaciones, y se limite a subrayar cómo hacia ellos hubo "comprensión y solidaridad humana", cómo en ciertas regiones "no les exigían un esfuerzo superior al que los mismos amos eran capaces de realizar", para concluir que "los hijos de los señores muchas veces eran educados junto con los siervos y desde la infancia se creaban entre ellos el sentimiento de igualdad y los nexos de simpatía y servicios recíprocos. Se explica de este modo que al obtener la libertad, muchos de ellos no hubieran querido abandonar la morada de sus antiguos amos"?

Sigue, pues, el país sin un buen diccionario de historia. Como referencia básica para estudiantes, el único recomendable –el de Roberto C. Davis está, desafortunadamente, en inglés. Y un diccionario para especialistas sólo podrá ser el resultado de un trabajo de equipo de gran envergadura.

J. O. MELO

Eureka, un excelente libro de historia

Colombia y la economía mundial, 1830-1910
José Antonio Ocampo
Siglo XXI, Bogotá, 1984, 456 págs.

La importancia del tema de este libro entraña una paradoja. A finales de un siglo, 1820-1913, que presenció la expansión del comercio mundial en una magnitud de treinta y tres veces, así como el desarrollo espectacular orientado hacia las exportaciones que experimentaron las naciones más extensas y pobladas de América Latina (específicamente Brasil, México y Argentina), Colombia, cuyos habitantes representaban, en 1913, el seis por ciento del total de la población latinoamericana, produjo solamente el dos por ciento de las exportaciones de la región y mantuvo restringida al 0,5 por ciento la inversión extranjera. De acuerdo con el volumen de su comercio exterior, la cuantía de la inversión extranjera en su economía y la extensión de su red ferroviaria ("ese índice *par excellence* del desarrollo periférico decimónico), Colombia aparecía, al iniciarse el siglo XX, según palabras de José Antonio Ocampo, "como el país latinoamericano con más bajo grado de integración a la economía mundial" (pág. 52)

¿Por qué, entonces, escribir un grueso volumen titulado *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*? ¿Por qué derrochar como lo ha hecho Ocampo, tan enorme cúmulo de erudición, energía investigativa e imaginación en el empeño de describir en la forma más exacta posible el crecimiento y la estructura del comercio exterior de la nación en el siglo XIX? ¿Por qué intentar analizar y corregir los incompletos e inexactos datos, extranjeros y nacionales, sobre el volumen y el valor de las exportaciones e importaciones colombianas? ¿Por qué dividir el siglo en tres períodos, uno de estancamiento (1820-50), otro de crecimiento estable (1850-80) y otro de violenta oscilación (1880-1910), y someter cada uno de ellos a un concienzudo análisis económico? ¿Por qué esmerarse tanto en la elaboración de noventa cuadros y gráficos, cada uno cuidadosamente documentado, y en explicar, en apéndices especiales, de manera pormenorizada, todas las fuentes y la compleja metodología empleada? ¿Por qué, finalmente, esforzarse en adquirir un magistral dominio sobre las fuentes primarias y secundarias que tratan (en muchos casos apenas tangencialmente) acerca del desarrollo que, con miras a las exportaciones, experimentó la nación en el siglo XIX. Ciertamente ¿por qué?

Las razones explícitas e implícitas se hallan en el propio libro de Ocampo. Unas y otras evidencian la extraordinaria importancia que reviste este volumen para la historiografía colombiana, tanto por sus logros admirables, acaso definitivos, como por lo que corresponde hacer o, más precisamente, por lo que se ha dejado de hacer en este terreno.

La razón explícita dada por Ocampo para justificar la magnitud de su esfuerzo es batante clara. Dados los recursos de la sociedad colombiana y la naturaleza de la economía del planeta durante el primer siglo de existencia de la nación, la economía política liberal, fundada en una apertura hacia la economía mundial, representaba el *único* camino hacia el desarrollo nacional.

> *La primacía de las exportaciones en el desarrollo colombiano del siglo XIX no fue el resultado de una decisión de la burguesía colombiana, ni de una "política económica" que se escogiera entre una serie de alternativas posibles, como algunas interpretaciones históricas lo sugieren, sino de condiciones objetivas, tanto internas como externas. La ideología librecambista que surgió para expresar esta primacía del desarrollo exportador fue, así, resultado de condiciones materiales concretas; es decir, una ideología históricamente necesaria y no una "política económica errada".*

Por consiguiente, y este corolario no es tan claro, el cuidadoso estudio cuantitativo de los resultados económicos de estos esfuerzos, particularmente los datos sobre el comercio exterior, constituyen la condición imprescindible del estudio del desenvolvimiento económico de la nación durante el último siglo. Dicho estudio, cree Ocampo, es el que revela más completamente la dimensión

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.